



La región del Colorado

Historia, cultura y paisaje en la frontera

Marcelo Sili - Andrés Kozel - Roberto Bustos Cara

Serie "Aportes al Desarrollo Nacional de la Fundación ArgenINTA"

La región del Colorado

Historia, cultura y paisaje en la frontera.

Sili, Marcelo

La región del Colorado : historia, cultura y paisaje en la frontera. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : el autor, 2015.

216 p. ; 24x29 cm.

ISBN 978-987-33-6700-7

1. Historia Regional. I. Título

CDD 982

Fecha de catalogación: 14/01/2015

Diseño y maquetación: Diseño Rimbombante

Cartografía: Jorge Gentili

LA REGIÓN DEL COLORADO

Historia, cultura y paisaje en la frontera.



Agradecimientos

Ésta es una obra colectiva que pudo ser realizada gracias al esfuerzo de numerosas personas. A todas ellas se les desea agradecer su apoyo y acompañamiento permanente.

En primer lugar, se desea agradecer al Dr. Javier Ortega, Director de la Fundación ArgenINTA, quien desde el origen apoyó con pasión la gestación y realización de la obra.

Al Ing. Carlos Casamiquela, por su valioso Prólogo y el interés y apoyo brindado a esta obra.

A la Arq. Graciela Oporto, por su inestimable colaboración y apoyo para la realización de varios de los estudios que forman parte del volumen.

A todos los autores que participaron del proyecto. En las páginas que siguen, ellos comparten con el lector sus conocimientos y experiencias de vida sobre la región del Colorado. Si la obra consigue hacer visibles numerosos aspectos de la realidad regional es fundamentalmente gracias a su desinteresado aporte.

Al personal de la Fundación ArgenINTA, por su acompañamiento en la realización de esta obra.

índice

EL SUR, EL RÍO, EL CORAZÓN, EL CANTO

Ramón MINIERI

Pág. 10

PRESENTACIÓN

Carlos CASAMIQUELA

Pág. 12

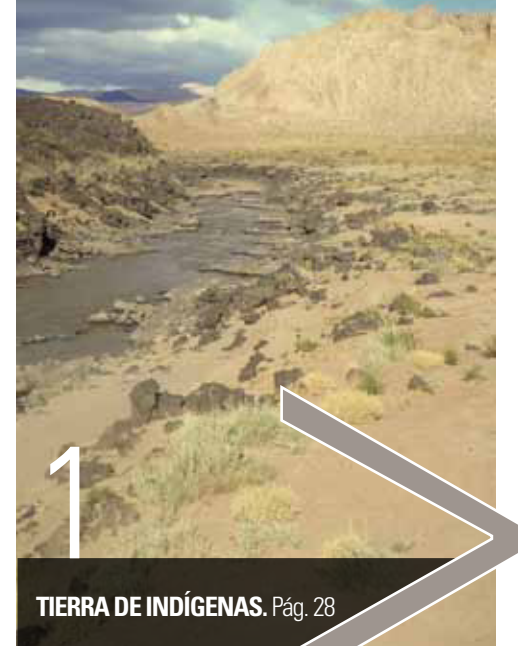
PRÓLOGO

Graciela OPORTO

Pág. 14

INTRODUCCIÓN

Pág. 16



TIERRA DE INDÍGENAS. Pág. 28

- 1 Arqueología y pobladores antiguos de la cuenca del río Colorado. *Pág. 29*
Gustavo Martínez
- 2 Los caminos del ganado. Circuitos de intercambio y transformaciones socio-culturales. *Pág. 49*
Sara Ortelli
- 3 Pewenche y peguelchus en las márgenes del río Colorado (1760-1830). *Pág. 55*
Juan F. Jiménez y Sebastián L. Alioto
- 4 Pehuenches, mercados y puertos en la primera mitad del siglo XIX. *Pág. 59*
Fabián Arias y Cristian Quiroga
- 5 Darwin en el río Colorado. *Pág. 63*
Héctor A. Palma



2

(1879-1914)

LOS PRIMEROS ESFUERZOS DE ORGANIZACIÓN TERRITORIAL. Pág. 68

6 Construcción y primeros años de vida de los pueblos. *Pág. 69*
Raúl O. Hernández

7 La congregación salesiana en la Patagonia: proyectos sociales, educativos y pastorales. *Pág. 75*
María Andrea Nicoletti

8 Presencia del ferrocarril. *Pág. 81*
Martín C. Testani y Héctor F. Guerreiro

9 La gran inundación del río Colorado. *Pág. 89*
Raúl O. Hernández



3

(1914-1970)

LA DIFÍCIL CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIEDAD. Pág. 96

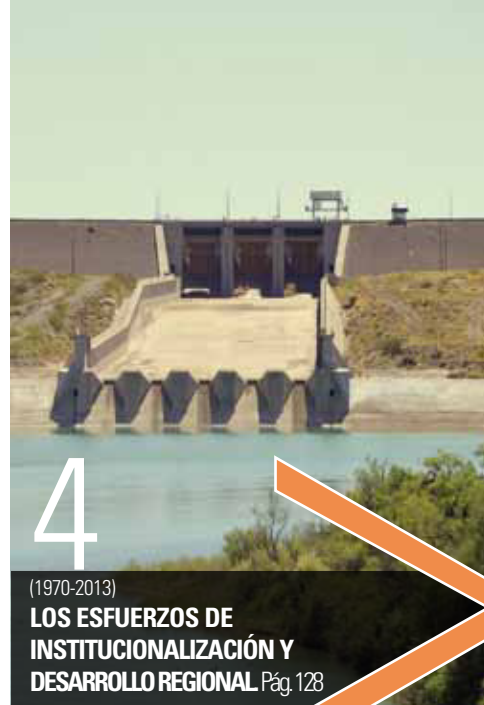
10 Antecedentes políticos e institucionales de la provincialización de los territorios nacionales (1884-1955). *Pág. 97*
Marisa Moroni

11 Regadío y colonización social en la provincia de La Pampa. Elementos para un análisis crítico. *Pág. 103*
Juan José Michelini

12 El Valle Bonaerense del río Colorado. El esfuerzo chacarero frente al agua. *Pág. 111*
Mariano Pla

Poesía "Recojan mi muerte del surco". *Mariano Pla.*

13 La conquista del petróleo. La experiencia de Rincón de los Sauces. *Pág. 117*
Juan Remigio Tapia Palomo



4

(1970-2013)

LOS ESFUERZOS DE INSTITUCIONALIZACIÓN Y DESARROLLO REGIONAL. Pág. 128

14 Desafíos por el agua en la cuenca del río Colorado. *Pág. 129*
Juan Enrique Perl

15 Casa de Piedra y el "nuevo" río Colorado. *Pág. 135*
H. Walter Cazenave

16 Apuntes sobre la problemática del riego en Río Colorado, provincia de Río Negro. Descripción del sistema y análisis de una experiencia de abordaje. *Pág. 141*
Rafael de Rossi

17 Los viejos actores y sistemas, siempre presentes. Veranadores, colonos y ganaderos. *Pág. 149*
Roberto Bustos Cara y Mariano Pla

18 Nuevas inversiones, nuevos desafíos. La producción emergente en la región del río Colorado. *Pág. 155*
Marcelo Sili y Andrés Pazzi

19 El petróleo en tierras del Colorado: impacto social y económico en la última década. *Pág. 163*
Beatriz S. Dillón y Stella Maris Shmite

20 Las dinámicas migratorias en la región. El caso del sudoeste de la provincia de Buenos Aires. *Pág. 171*
Marcela Torrez Gallardo y Roberto Bustos Cara



5

LOS DESAFÍOS DE FUTURO. Pág. 178

21 Habitar la región del río Colorado. Situación actual y desafíos de futuro. *Pág. 179*
Marcelo Sili y Loreana Espasa

22 El manejo del agua en tiempos de escasez. *Pág. 189*
Fernando O. Andrés

23 Desafíos y oportunidades ambientales para la cuenca del río Colorado. *Pág. 195*
Ernesto Viglizzo

24 Economías regionales sostenibles en contextos inestables para nuevos modelos de desarrollo sustentable. *Pág. 199*
Ricardo Dominic Thornton

25 Consideraciones sobre la identidad regional coloradense. *Pág. 203*
Andrés Kozel y Florencia Grossi

"OTROS". Ramón MINIERI. Pág. 211

2 Los caminos del ganado. Circuitos de intercambio y transformaciones socio-culturales

Sara ORTELLI *

> Araucanización: una categoría problemática

A partir del siglo XVI, y como consecuencia del asentamiento hispano en las costas del Río de la Plata y en el interior del actual territorio argentino, los modos de vida de los grupos indígenas de la región pampeana, de la Patagonia septentrional y de la precordillera andina sufrieron profundos cambios. Los cacicatos que se constituyeron en el siglo XIX poco tenían en común con las bandas de cazadores-recolectores halladas por los primeros europeos. Las transformaciones que tuvieron lugar entre ambos momentos fueron el resultado de procesos complejos, vinculados tanto con el impacto que tuvo el contacto con los españoles como con la profundización de las relaciones con los grupos de la Araucanía trasandina.

Advertida por observadores y viajeros que conocieron la región en la época

colonial, la presencia de elementos de origen trasandino en las pampas y en la norpatagonia, fue puesta de relieve por varios estudiosos argentinos. Sin embargo, los historiadores se dedicaron mayormente al estudio de la guerra fronteriza, y asociaron la presencia de los araucanos o aucas (alzados, bravos) –como los denominaban los documentos de época– con el incremento de la actividad bélica que se registró en la frontera interior, nombre dado a la zona que lindaba con el territorio indio a partir del siglo XVIII y, especialmente, a lo largo del siglo XIX. Los arqueólogos centraron su interés en los períodos más antiguos y en problemas vinculados con el poblamiento temprano de la región, en tanto etnógrafos y antropólogos sociales volcaron sus esfuerzos al estudio de las comunidades indígenas actuales, dejando virtualmente en blanco

la consideración de casi tres siglos de historia.

Fueron los etnólogos, especialmente los vinculados a la Escuela Histórico-Cultural, los que manifestaron interés por el análisis histórico, pero su esfuerzo, congruente con sus posturas teórico-metodológicas, se orientó sobre todo hacia la identificación de las distintas etnias y al establecimiento de sus niveles culturales, así como a la asociación de las mismas con las distintas corrientes de poblamiento en América. En este análisis tenían particular valor las fuentes históricas, especialmente las que reflejaban la situación de la región antes de que tuviera lugar el proceso que llamaron “araucanización”, al que caracterizaron tanto a partir de la presencia de elementos culturales de origen trasan-

dino, como del asentamiento de población proveniente de la Araucanía. Pero, al enmarcarse en una postura difusionista, la interpretación del proceso histórico ofrecida por los etnólogos resultó algo superficial y simplista, y acabó por imponer la idea de una población de cazadores y recolectores pedestres, convertidos luego en cazadores ecuestres por la incorporación del caballo, que combinaban la caza con el saqueo y el pillaje en las fronteras. Recordemos que el difusionismo propone el origen único de los rasgos y elementos culturales, y su expansión geográfica y propagación a otras sociedades a través de diversos modos de intercambio, como el comercio, la guerra o las migraciones. Los etnólogos de la Escuela Histórico-Cultural, vinculados al difusionismo alemán, proponían la noción de

*Investigadora del CONICET en el Instituto de Estudios Histórico-Sociales de la UNCPBA, en la ciudad de Tandil. Profesora y Licenciada en Historia por la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Maestra y Doctora en Historia por El Colegio de México. Se especializa en la historia social de las fronteras-México y Argentina en los siglos XVIII y XIX. Su tesis doctoral recibió el Premio de la Academia Mexicana de Ciencias a la Mejor Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales de 2003 y fue publicada por El Colegio de México en 2007 bajo el título Trama de una guerra conveniente. Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1748-1790).

los círculos culturales o Kulturkraise, es decir, complejos de rasgos culturales que se propagaban juntos, no como elementos aislados, a través de migraciones humanas.

La expansión araucana en las pampas fue inserida en tal esquema. Estanislao Zeballos, uno de los mentores intelectuales de la denominada “Conquista del Desierto”, reconoció el fenómeno considerando que los grupos que ocupaban la región que se extendía de la cordillera al Plata, al sur de la línea de frontera, eran un desmembramiento de los araucanos de Chile. Al asentarse en las vastas llanuras situadas al Este de los Andes, esos grupos habrían abandonado sus anteriores patrones de vida –agricultores aldeanos– para adoptar los hábitos de las llanuras. Esta imagen –un vasto territorio reducido a la idea de desierto, una organización política y social limitada a la de bandas nómadas y una economía basada en el saqueo y la depredación– es una construcción del siglo XIX, útil para justificar el avance sobre el indígena y la desestructuración y ulterior desaparición de sus modos de vida. Tal construcción respondió a las necesidades de un proyecto político-económico que suponía la pacificación del país, la consolidación del Estado y la construcción de la Nación. En semejante contexto, el indio debía ser “domesticado” e integrado o, de lo contrario, exterminado (Quijada, 1999, pp. 685-690).

En realidad, las discusiones que desde entonces sostuvieron los etnólogos acerca de la llamada “araucanización” no cuestionaron aquella interpretación general del proceso; más bien, giraron en torno a ciertos problemas particulares, como el de la antigüedad del mismo. En este sentido, pueden distinguirse dos tendencias bastante definidas: por un lado, la de quienes sostenían que el proceso se había desarrollado desde

momentos muy tempranos para completarse en el siglo XVIII; por el otro, la de aquellos que se inclinaban por una “araucanización” tardía, cuyas evidencias recién habrían aparecido a fines del siglo XVIII. Dentro de la primera línea se ubican algunos etnólogos vinculados a la Escuela Histórico-Cultural, que veían ya a principios del siglo XVIII una presencia significativa de población de origen trasandino en la región pampeana. Para estos etnólogos, coherentes con los postulados de su escuela, la presencia de algunos elementos culturales nuevos estaba necesariamente ligada a la llegada de nuevos estratos de población. En sus trabajos desarrollaron la idea de una sustitución étnica de la antigua población pampeana por grupos originarios de la Araucanía que se establecieron al Este de los Andes (Canals Frau, 1935; 1946, p. 762).

Desde la otra línea se planteó que, más allá de la incorporación de algunos elementos culturales, la antigua población cazadora local mantuvo con fuerza su presencia hasta una época relativamente reciente (Casamiquela, 1982, p. 25). Para este enfoque, las evidencias de la “araucanización” de las Pampas comenzarían a aparecer recién durante la segunda mitad del siglo XVIII (Cabrera, 1934, p. 101). La discusión llevó a los investigadores a una minuciosa búsqueda de argumentos de tipo lingüístico, cultural y racial, a un rastreo cuidadoso de la presencia o ausencia de determinados elementos culturales, y a un afanoso registro de menciones en las fuentes útiles para probar una u otra posición. Desde ambas partes pudieron recogerse argumentos a favor y en contra de cada tesis. Esto resultó posible porque la expansión araucana en las pampas fue un proceso largo y complejo. Fue ésa complejidad, justamente, lo que las discusiones tendieron a perder de vista. En realidad, bajo el término de “araucanización” se suelen englobar

distintos procesos estrechamente vinculados, a los que no conviene confundir y que no necesariamente coinciden en el tiempo¹. Tales procesos van desde la incorporación de elementos culturales trasandinos por parte de las poblaciones de la región, hasta el asentamiento masivo en ella de grupos provenientes de allende la cordillera.

> De cazadores-recolectores a pastores y comerciantes

A fines del siglo XVI, el Este de los Andes estaba poblado por bandas de cazadores-recolectores sobre los que tenemos escasa información escrita, ya que los europeos no penetraron por entonces en el territorio y su contacto con los indígenas fue periférico y superficial. Gracias al trabajo de los arqueólogos sabemos que esas bandas basaban su subsistencia en la caza de guanacos y venados, a los que se agregaban especies menores como vizcachas, mulitas, y ñandúes, así como en la recolección de los huevos de este último y de semillas y raíces.

De un modo general, y más allá de variantes tecnológicas y estilísticas, estos cazadores-recolectores se caracterizaron por llevar adelante un modo de vida generalizado en el territorio pampeano-patagónico. Organizados en pequeñas bandas, se desplazaban a pie y establecían sus campamentos junto a lagunas y cursos de ríos y arroyos de la región, siguiendo itinerarios más o menos fijados por la distribución de los recursos. Sin embargo, las investigaciones arqueológicas recientes parecen indicar que, al menos en ciertas áreas, como en los valles de los grandes ríos patagónicos, algunos grupos pudieron alcanzar en el período colonial tardío una densidad poblacional relativamente alta y un mayor nivel de complejidad socio-política. Estas poblaciones establecie-

ron extensas redes de intercambio, que incluían a los indígenas de la Araucanía. Los pasos cordilleranos, fáciles de atravesar, actuaron como vías de comunicación que posibilitaron contactos e intercambios informales (al respecto véase, en este mismo volumen, el estudio de Gustavo Martínez).

Los grupos que habitaban a ambos lados de la cordillera de los Andes mantuvieron relaciones desde tiempos prehispánicos. Elementos culturales vinculados a culturas del actual territorio chileno –piezas de cerámica y pipas de tipo T invertida con doble boquilla, hachas y silbatos–, que se remontan a comienzos del segundo milenio y están vinculados al complejo Pitrén, fueron hallados en la zona cordillera de Neuquén (Hajduk, 1981-1982, pp. 7-8; Hajduk y Cúneo, 1997-1998, pp. 319-341). La existencia de tales contactos explicaría que Juan de Garay viera en 1582, en las cercanías de Cabo Corrientes, actual ciudad de Mar del Plata, indios con mantas tejidas que, según le informaron, provenían de Chile (Garay, en Ruiz Guiñazú, 1915, pp. 87-88). Es probable que los grupos de allende la cordillera estuvieran interesados en obtener sal, productos de la caza del guanaco y del avestruz y piñones de araucaria, a cambio de las mantas.

El carácter de estos intercambios informales varió profundamente desde principios del siglo XVII, cuando quedaron enmarcados en un contexto histórico y económico diferente, producto de las relaciones que comenzaban a establecer-

¹Aunque el empleo de la categoría “araucano” ha sido cuestionado por los estudiosos chilenos y por los propios mapuches, se sigue utilizando en Argentina por su generalidad: ella designa tanto a los grupos de origen trasandino que se trasladan a la llanura pampeana, como a los distintos elementos culturales –incluida la lengua– asociados a las poblaciones de la Araucanía y, en muchos casos, rápidamente adoptados por las poblaciones locales. El uso de la lengua –el mapudungun–, de nombres o de otros elementos culturales de ese origen, no supone, por lo tanto, la necesaria presencia de población trasandina. Además, aún cuando se puedan reconocer grupos de ese origen, en la mayor parte de los casos resulta difícil realizar una adscripción étnica precisa de los mismos, dado que las fuentes son muy poco confiables sobre este aspecto.

se con los españoles asentados en el Río de la Plata. Como resultado de ellas, los indios de la región modificaron profundamente su economía, su estructura socio-política y sus patrones culturales.

En el aspecto económico, el impacto se manifestó en la adopción de bienes de origen europeo por parte de los indígenas y, fundamentalmente, en una nueva organización de su economía. El caballo fue quizá el más importante de esos bienes: los indígenas modificaron muchos aspectos de su vida y su cultura para adaptarlas a la actividad ecuestre. El caballo tuvo amplia aceptación entre los pobladores, permitiéndoles ampliar las posibilidades de desplazamientos y de cargas. Paralelamente, con la presencia del caballo se modificaron las formas de obtener el alimento, resultando posible la realización de grandes cacerías –las “boleadas”– en las que la boleadora y la lanza larga reemplazaron al arco y la flecha, difíciles de usar desde un caballo al galope. Todo esto enriqueció la dieta y proporcionó importantes materias primas a los artesanos: cuero, cerdas, crines, nervios, tendones y huesos. El caballo se convirtió, también, en un preciado artículo de trueque y comenzó a ser usado como medida de valor en los intercambios.

Además del caballo, ovejas, vacas, mulas y cabras llegaron a tener gran importancia económica; en particular, las primeras se convirtieron en un recurso esencial que proveía lana a las tejedoras indias (Palermo, 1988, pp. 43-90). También se incorporaron a la vida indígena harinas obtenidas de cereales europeos, instrumentos de hierro, licores y aguardientes, azúcar, yerba mate, tabaco, adornos y prendas de vestir europeas. Su utilización por parte de los indígenas se incrementó con rapidez, convirtiéndose en elementos esenciales de la vida cotidiana y generándose en consecuencia una

creciente demanda. Muchos de estos artículos no podían conseguirse en territorio indio, sino que debían obtenerse por medio de intercambios con los hispanocriollos o, para los grupos situados lejos de las fronteras, por trueque con otros indios que actuaban de intermediarios.

En ese contexto, y aprovechando antiguas vías de comunicación, una extensa red de circulación comenzó a vincular a las distintas regiones del territorio indígena y a este último, en su conjunto, con las áreas controladas por los europeos, acentuando la dependencia de cada grupo respecto de los otros y de la sociedad colonial. La situación estimuló entre los indígenas la obtención o producción de bienes estimados por los europeos a fin de canjearlos en las fronteras. El ganado constituyó, en este sentido, un recurso fundamental para el mantenimiento de esa red de intercambios; a él se sumaron, muy pronto, los textiles provenientes de la Araucanía, cuya presencia en las pampas parece ser de antigua data, como lo sugiere la mencionada carta de Juan de Garay.

En un principio, a lo largo del siglo XVII, la incorporación del caballo y el uso de ganados por los indígenas estuvieron basados en el aprovechamiento del numeroso ganado cimarrón. En ese momento, como la población nativa era relativamente poco numerosa, la presión sobre tales recursos fue leve. La mayor demanda venía desde la Araucanía, cuyos pobladores requerían cada vez más caballos en su enfrentamiento con la sociedad colonial chilena. Sin embargo, a fines del siglo XVII y durante las primeras décadas del XVIII, junto al crecimiento de la demanda de animales tanto en la sociedad colonial como en la indígena, se manifestaron indicios claros de extinción del ganado cimarrón, proceso que, pese a algunas épocas de recuperación, se acentuó como tendencia general, obli-

gando a modificar los patrones de actividad económica. Al mismo tiempo, la paz entre mapuches y españoles, que por entonces se afirmaba en Chile, aumentó aún más la demanda de ganado con destino al mercado trasandino, y los grandes circuitos ganaderos quedaron pronto establecidos.

> Los grandes circuitos de intercambio

El robo de ganados en las fronteras fue una de las respuestas dadas a la nueva situación. Se produjeron frecuentemente ataques e invasiones violentas contra los poblados, los llamados malones, en los que participaban diferentes parcialidades de ambos lados de la cordillera. Iniciadas a fines del siglo XVII, estas actividades alcanzaron particular virulencia a mediados del siglo XVIII, siendo numerosos los testimonios de incursiones en las fronteras de Buenos Aires, Mendoza y Córdoba, las cuales se llevaban, además de ganado, cautivos y cuantos bienes quedaran a su alcance. El indio, hasta entonces “cazador de ganados”, se convirtió en “guerrero y maloquero”, es decir, integrante de las malocas, como se denominaba en Chile a los malones (León Solís, 1991).

Con el tiempo, y allí donde las condiciones del medio lo permitieron, algunos grupos pasaron a desarrollar una estrategia distinta para encarar la desaparición de animales en estado salvaje. Tal estrategia consistió en el desarrollo de un modelo económico volcado a la cría especializada de ganados: fue el caso de las tierras ricas en pastos del sur-suroeste bonaerense, específicamente las comprendidas entre las sierras de Tandilia y Ventana, donde se desarrolló una economía de carácter pastoril, altamente especializada para la época,

y vinculada a satisfacer la demanda del vasto circuito mercantil ganadero que involucraba a Chile. Un segundo núcleo de economía pastoril se desarrolló entre los pehuenches cordilleranos. Las fuentes documentales atestiguan la importancia de los ganados para esas poblaciones, el carácter de tal actividad y los intercambios regulares que mantenían con las poblaciones chilenas.

Ahora bien, una consecuencia fundamental de las relaciones cada vez más estrechas entre la sociedad indígena y el mundo colonial fue la creciente interdependencia entre los distintos grupos ubicados a ambos lados de la frontera, así como la formación simultánea de una extensa red de intercambios que pronto adquirieron un definido carácter mercantil. Esta red de circulación tuvo como fundamento la consolidación de un vasto circuito vinculado al movimiento de ganados que conectaba a las regiones pampeana, patagónica y precordillerana con el mercado chileno a través de los pasos andinos. Ese comercio comenzó a desarrollarse a lo largo del siglo XVII –usando rutas de contacto más antiguas– y se consolidó en el XVIII, cuando las grandes rutas mercantiles quedaron sólidamente establecidas.

Estos cambios económicos se reflejaron en una paulatina complejización a nivel sociopolítico, que determinó entre los indígenas procesos de diferenciación social, acumulación de riqueza y concentración de poder. Si bien estos desarrollos alcanzaron su máxima expresión con la formación de los grandes cacicatos de mediados del siglo XIX, las evidencias de su génesis aparecen ya en las fuentes correspondientes a mediados del XVIII. En esta etapa –que se extendió hasta las primeras décadas decimonónicas– el interés de los mapuches se centró, fundamentalmente, en la riqueza ganadera de la región pampeana, consolidándose así un flujo y un circuito más o menos estructurado de animales

hacia Chile. Al mismo tiempo, el comercio fronterizo en Buenos Aires se afianzaba definitivamente a lo largo del siglo. Pequeñas partidas de indios cruzaban regularmente la frontera para ir a intercambiar sus productos en la ciudad y mercachifles se aventuraban hasta las tolderías para realizar sus negocios. En el marco de la transformación del carácter de los contactos —de la circulación informal de bienes a verdaderos intercambios mercantiles—, los desplazamientos de indígenas de la Araucanía hacia las pampas se relacionaron con su interés por obtener ganados, pero también por controlar de manera cada vez más directa los circuitos que se iban consolidando. Es en este marco que comenzaron a evidenciarse los efectos del proceso habitualmente designado como “araucanización”.

En suma, los contactos con la Araucanía se remontan a tiempos prehispánicos, aunque su carácter cambió a partir del siglo XVII, cuando el interés de los mapuches comenzó a centrarse en la riqueza ganadera de las pampas. Sobre esta base se conformaron y consolidaron los grandes circuitos ganaderos y se fueron estrechando vínculos y contactos entre las poblaciones. Si la arqueología aporta testimonios materiales sobre la existencia de tales relaciones, la documentación escrita del siglo XVII señala tanto la creciente presencia mapuche allende la cordillera, como la existencia de más intensas comunicaciones con los grupos pampeanos y patagónicos. Estos hechos no dejaron de preocupar a las autoridades coloniales y a los vecinos de Buenos Aires y de la campaña circundante. La presencia de los mapuches al oriente de los Andes comenzó a adquirir regularidad a partir de comienzos del siglo XVIII. Aunque por lo general obtenían los animales deseados del ámbito pampeano —principalmente a cambio de tejidos, armas y objetos de metal—, los mapuches no desahaban realizar incursiones de caza de

ganado cimarrón e incluso robarlo en la frontera, para retornar luego a sus tierras. Como consecuencia de la intensificación de los contactos, se fueron operando procesos de cambio cultural, cuyo aspecto más evidente fue la incorporación de elementos culturales araucanos por parte de los grupos ubicados al Este de los Andes. Con el tiempo, este proceso determinó que los grupos involucrados comenzaran a presentar, en general, una imagen bastante homogénea, diluyéndose paulatinamente los límites culturales que antaño permitían, eventualmente, diferenciarlos. Los primeros grupos que sufrieron estas influencias fueron los pehuenches cordilleranos, que luego jugaron a su vez un papel importante en la expansión de los mapuches hacia las pampas y la norpatagonia.

Este proceso de influencia cultural se fue generando a través de los contactos con grupos que incursionaban en las pampas pero retornaban a Chile, o de intermediarios —como los pehuenches—, cuya ubicación estratégica sobre las laderas de los Andes les permitía una activa participación en el comercio a distancia. Pero, conforme a las fuentes disponibles, nada indica que se produjeran durante esta etapa asentamientos permanentes importantes de grupos trasandinos en el actual territorio argentino. Esos movimientos tempranos, en efecto, involucraron sólo a pequeños grupos que se asentaban en las áreas cercanas a la cordillera, generalmente en forma temporal. Otras veces, algunos linajes se infiltraban lentamente por los ríos Negro, Colorado, Neuquén y Limay, instalándose en el camino de los maloqueros para ejercer un control más directo sobre puntos estratégicos, fundamentalmente, sobre aquellos donde había aguadas o buenos pastos.

Así, el territorio pampeano-patagónico fue surcado por caminos, denominados rasti-

lladas que, como constató Lucio V. Mansilla durante su travesía de la segunda mitad del siglo XIX a los toldos del cacique Mariano Rosas, “son los surcos paralelos y tortuosos que con sus constantes idas y venidas han dejado los indios en los campos. Estos surcos (...) suelen ser profundos y constituyen un verdadero camino ancho y sólido” (Mansilla 1987, p. 23). Un tramo de estos caminos comunicaba la frontera de Buenos Aires con las Salinas Grandes y tenía origen en las constantes expediciones que se organizaban para ir a buscar este preciado producto (Taruselli, 2006). Esta ruta avanzaba luego y se internaba en el territorio, alcanzando los ríos Colorado y Negro, para seguir hacia la cordillera. Existían, también, caminos secundarios que se abrían hacia Córdoba o San Luis.

La consolidación de las rutas incidió, sin duda, en el desarrollo de núcleos de población estable donde convivían linajes e individuos de distinto origen. La presencia de estos linajes al Este de los Andes contribuyó a conformar una extensa red de vínculos, generados a partir de las relaciones de parentesco que fueron uniendo a grupos asentados a ambos lados de la cordillera, de la conformación de matrimonios interétnicos y de los intensos procesos de mestizaje entre la población existente y los grupos llegados con posterioridad (Ortelli, 1996, pp. 206-207). Uno de tales núcleos aparece asentado en el Río Colorado. Así, Pablo Zizur ha dejado registrado en su diario de principios de la década de 1780 las visitas que realizaban algunos caciques y otros indios a los parientes instalados en torno a sus márgenes (Zizur, 1973, p. 83). En el marco de las travesías, el Río Colorado era un paraje importante para el asentamiento humano y de los ganados, no sólo por la presencia de agua sino también de leña de sauce, chañar y de una especie de retama. Su ubicación formaba parte de los circuitos que

unían la zona con el Río Negro, el Fuerte del Carmen y el camino hacia la Sierra de la Ventana y Tandilia, como describieron tanto Zizur como Francisco de Viedma, en su diario de de las exploraciones de la zona del Río Negro (Viedma, 1938, pp. 504, 511, 516-517).

> La gestación de un nuevo contexto

El carácter de las relaciones entre las poblaciones de ambos lados de la cordillera cambió hacia 1820, cuando grupos más numerosos atravesaron la cordillera y se asentaron, en forma más estable, al Este de los Andes. Los determinantes de esta migración deben buscarse, principalmente, en el rompimiento del equilibrio mantenido durante más de un siglo entre las autoridades coloniales chilenas y los indígenas. Tal ruptura fue resultado directo del proceso revolucionario. En efecto, si al principio del mismo los grupos nativos de la Araucanía permanecieron en paz, después de la batalla de Maipú (1818) y de la persecución llevada por las fuerzas revolucionarias contra los restos del ejército realista que se retiraba hacia Concepción, mapuches y pehuenches comenzaron a alterarse. Para fortalecer sus posiciones, tanto los jefes realistas como los revolucionarios buscaron atraerlos, incorporando contingentes indígenas a sus tropas. Daba inicio así la llamada guerra a muerte, que se extendería por tres años.

En tales circunstancias, algunos caciques que permanecieron neutrales y grupos vencidos que buscaban escapar de las represalias, emigraron hacia las pampas. Importantes contingentes conformados por varios caciques con sus guerreros y familias se establecieron entonces en esta región. La presencia de estos grupos en las llanuras alteró el

equilibrio político entre las comunidades, estimulando la competencia por el control de tierras y recursos e impulsando un crecimiento de la violencia intertribal, estimulada, además, por las autoridades criollas (Villar y Jiménez, 1996; 2001). Este momento, alrededor de 1820, no sólo marcó el comienzo de un período diferente en las relaciones entre los indígenas de la Araucanía y los de la pampa y la Patagonia, sino también entre la sociedad indígena y la criolla en el Río de la Plata. En efecto, las transformaciones de la política económica de la elite porteña, volcada ahora a una ganadería extensiva vinculada al comercio internacional, dio lugar a la expansión territorial de la provincia de Buenos Aires a expensas de las tierras indias y a una competencia cada vez más acentuada entre ambas sociedades por el control de tierras y ganados, todo lo cual se tradujo en un aumento de la guerra y la violencia fronterizas.

A partir de ese momento, y hasta mediados del siglo, se consolidó el proceso de cambio cultural que venía operándose desde tiempo atrás en el mundo indígena. La previa incorporación de elementos culturales mapuches por las poblaciones pampeanas –incluida la generalización del uso de la lengua araucana– había creado un marco cultural propicio para el establecimiento de linajes de allende la cordillera: los grupos que migraron encontraron una pampa culturalmente araucana y un complejo entramado de relaciones con rasgos reconocibles. La presencia permanente de grupos cordilleranos y trasandinos profundizó y generalizó la “araucanización” (Mandrini y Ortelli, 1995; Ortelli, 1996). El proceso culminó a mediados del siglo XIX con la formación de una vasta unidad lingüística y cultural al sur de la línea de fronteras, que se prolongaba en la Araucanía, llegando hasta el Pacífico.

> Araucanización: un proceso complejo

Para la comprensión global de este complejo proceso histórico resulta crucial centrar la atención en el siglo XVIII. En esa etapa, el rasgo dominante no fue la migración, sino la incorporación por parte de las poblaciones pampeanas de un conjunto de elementos foráneos, araucanos pero también europeos. Pero los indios de las pampas y de Norpatagonia no fueron, como suelen presentarlos los enfoques difusionistas, sólo receptores pasivos. La sociedad indígena de la época sufrió un profundo y rápido proceso de transformaciones de la estructura económica y social que llevó, por un lado, a una creciente interdependencia entre los grupos ubicados a ambos lados de la cordillera y, por otro, a una diferenciación y complejización de la estructura sociopolítica de esos mismos grupos. El proceso de cambio cultural y la incorporación de bienes de origen araucano al Este de los Andes no pueden ser explicados fuera del contexto de tales transformaciones. Además de la lengua araucana, cuyo uso se generalizó con bastante rapidez –inicialmente como “lengua franca”–, fueron incorporados elementos culturales de origen mapuche, tanto materiales como simbólicos.

Entre los materiales, se encuentran elementos y técnicas de carácter más bien utilitario y práctico que, como las relativas al cultivo, tuvieron una amplia difusión en la región, contribuyendo a transformar algunos aspectos de las formas de producción de estas sociedades. La incorporación de bienes simbólicos –como objetos de plata y tejidos–, o de las técnicas para producirlos, contribuyó, por su parte, a consolidar y legitimar el proceso de diferenciación social. A estos bienes araucanos se sumaron otros de origen español que jugaron el mismo papel. Al mismo tiempo, se fueron configurando ceremoniales que expresaban el prestigio de algunos jefes y grupos,

como por ejemplo, las reglas protocolares, los entierros diferenciales, la práctica del *suttee* o la posición que fueron adquiriendo los caciques en las ceremonias religiosas (González, 1979; Mandrini, 1994)². Así, hasta principios del siglo XIX, la incorporación de elementos culturales araucanos aparece ligada, fundamentalmente, al proceso de diferenciación de las sociedades pampeano-patagónicas y se operó a través de mecanismos diferentes a la migración. Entre ellos corresponde mencionar la intensificación de las relaciones de intercambio entre los grupos, el establecimiento de redes de parentesco y las necesidades derivadas de la transición hacia la conformación de sociedades de jefatura.

Las transformaciones que se produjeron, los rasgos culturales novedosos que aparecieron y los elementos de origen araucano y español que se adoptaron –adquiriendo el estatus de elementos simbólicos ligados a los procesos sociopolíticos en marcha–, sugieren que el período que comprende la segunda mitad del siglo XVIII y las tres primeras décadas del XIX puede ser definido como aquél en que surgieron y se consolidaron los rasgos básicos de las sociedades caciquiles. Fue ése, justamente, el momento en el que se intensificó y aceleró la incorporación de elementos culturales araucanos en las llanuras.

Más allá de sus diferencias, las interpretaciones tradicionales del proceso de “araucanización” parecían estar de acuerdo en que la expansión de los araucanos en las pampas tuvo efectos significativos sobre las poblaciones involucradas. Por una parte, se reconocía el aporte araucano a la región, ante todo su lengua, pero también costumbres, elementos culturales, creencias y ceremonias religiosas. Pero, al mismo tiempo, se afirmaba que esos indios, sedentarios y agricultores en su región

de origen, se convirtieron, bajo el influjo del medio pampeano y en contacto con las antiguas poblaciones, en cazadores, criadores de ganado y depredadores nómadas. No siempre se ha reparado en lo paradójal de este señalamiento: el “difusor” termina convertido en “difundido”; en última instancia, los araucanos también habrían sido influidos por el modo de vida de las pampas. Esta “no visualización”, sumada a la pérdida de vista del proceso en general, explica el marcado acento tradicionalmente puesto sobre los aspectos racial y lingüístico –el aporte más relevante de los araucanos a los pueblos de las pampas habría sido el sanguíneo o racial, acompañado por el uso generalizado de la lengua–, con lo que se desvinculan casi totalmente la base económica de la superestructura simbólica y de las formas de representación ideológica: sería difícil sostener que a lo largo del proceso los araucanos modificaron sustancialmente su base económica y sus medios de subsistencia manteniendo idénticos sus rituales, costumbres, indicadores de estatus, creencias y prácticas funerarias y religiosas. Un análisis cuidadoso revela que los hechos fueron más complejos.

Por lo demás, el estudio de la economía indígena obliga a dejar de lado viejas ideas y a abandonar definitivamente la calificación de depredadora que se le ha adjudicado (Mandrini, 1994). Por el contrario, ella abarcaba un amplio espectro de actividades –pastoreo en diversas escalas, caza, agricultura, recolección, producción artesanal–, combinables en dife-

²Como señaló Alberto Rex González, en su señero artículo dedicado a las exequias de un cacique ranquel, el *sutee* o *sate* es el rito hindú que consiste en quemar a la esposa sobre la pira funeraria del marido. La antropología americana utiliza el término, por extensión, para nombrar la costumbre de inmolar, en la muerte de reyes, jefes o personajes importantes, a la esposa o esposas, y a sus servidores o parte de ellos, cuyos cadáveres se colocaban en la tumba del señor. Junto con los cadáveres de los acompañantes se agregaban, como ofrendas, objetos simbólicos pertenecientes al difunto o elementos de uso cotidiano (Rex González, 1979, p. 137).

rentes grados y formas. Dicho rasgo le otorgaba una excepcional adaptabilidad.

También debe ser abandonada la idea del nomadismo. La población indígena estaba asentada en parajes bien determinados donde la presencia de pastos, agua y leña hacía posible su supervivencia. Algunos lugares –las tierras vecinas a las sierras del sur bonaerense, los valles del oriente de la actual provincia de La Pampa, el monte de caldén y los valles cordilleranos– fueron centros de asentamiento de núcleos de población importantes y estables.

En suma, el proceso de “araucanización” se desarrolló por mecanismos mucho más profundos y complejos de lo que tradicionalmente se ha reconocido. Tanto la tesis demasiado simple de la sustitución étnica como la idea de una transformación de la base económica de los araucanos emigrados al Este de la cordillera desligada de todos los demás aspectos no parecen corresponderse con la realidad etnográfica. Al mismo tiempo, aquellos análisis que dejen fuera de la consideración el marco más general en el que debe encuadrarse el conjunto de transformaciones sociales y culturales que sufrió la región a partir del siglo XVI, difícilmente consigan superar el nivel de la descripción y enumeración de rasgos, y dejarán sin explicar de qué manera dichos rasgos se fueron insertando e integrando en las poblaciones nativas de las regiones pampeana y norpatagónica. Por último, la idea, frecuentemente expresada, de una población indígena pampeano-patagónica esencialmente diferente de la de la Araucanía chilena no parece corresponder a las realidades etnográficas, sino que ha estado estrechamente ligada al proceso histórico de constitución de los Estados nacionales en Argentina y Chile (Bechis, 1984, pp. 53-54).

Bibliografía

BECHIS, Martha A. (1984), *Interethnic relations during the Period of Nation-State formation in Chile and Argentina: from Sovereign to Ethnic*, Ann Arbor, MI, University Micro-films International.

CABRERA, Pablo (1934), “Los araucanos en territorio argentino”, en *Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas*. La Plata, 1932. Tomo I. Buenos Aires, Coni.

CANALS FRAU, Salvador (1935), “La Araucanización de la Pampa”, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, vol. 120, Buenos Aires.

CANALS FRAU, Salvador (1946) “Expansion of the Araucanians in Argentine”, en *Handbook of South American Indians*, 143, vol. II, Washington, Smithsonian Institution/Bureau of American Ethnology, Bull.

CASAMIQUELA, Rodolfo (1982), “Tehuelches, araucanos y otros en los últimos 500 años de poblamiento del ámbito pampeano patagónico”, en *Síntomas en la ciencia, la cultura y la técnica*, año 3, no 4, Buenos Aires.

GARAY, Juan de, “Carta al Consejo de Indias”, en E. Ruiz Guiñazú (1915), *Garay, fundador de Buenos Aires*, Buenos Aires, Municipalidad de la Capital Federal.

HAJDUK, Adán (1981-1982), “Algunos antecedentes arqueológicos de los mapuche en la Argentina”, en *Cultura Mapuche en la Argentina*. Buenos Aires, Instituto Nacional de Antropología.

HAJDUK, Adán y Estela Mónica CÚNEO (1997-1998), “Rescate arqueológico en San Martín de los Andes (Departamento Lácar, provincia del Neuquén) y algunas reflexiones acerca de la cerámica con decoración valdiviana”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. XXII-XXIII, Buenos Aires.

LEÓN SOLÍS, Fernando (1991), *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800*, Temuco, Universidad de la Frontera.

MANDRINI, Raúl (1994), “¿Sólo de caza y robos vivían los indios? La organización económica de los cacicatos pampeanos del siglo XIX”, en *Siglo XIX. Revista de Historia*, segunda época, 15, México.

MANDRINI, Raúl (1994), “Sobre el suttee entre los indígenas de las llanuras argentinas. Nuevos datos e interpretaciones sobre su origen y práctica”, en *Anales de Antropología*. Volumen XXXI, México.

MANDRINI, Raúl y Sara ORTELLI (1995), “Repensando los viejos problemas: observaciones sobre la araucanización de las pampas”, en RUNA. *Archivo para las Ciencias del Hombre*. Vol. XXII, Buenos Aires.

MANSILLA, Lucio V. (1987), *Una excursión a los indios ranqueles*, volumen 1, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina (1870-1877).

ORTELLI, Sara (1996), “La ‘araucanización’ de las pampas: ¿realidad histórica o construcción de los etnólogos?”, en *Anuario del IEHS* 11, Tandil.

PALERMO, Miguel Ángel (1988), “La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: génesis y procesos”, en *Anuario IEHS* 3, Tandil.

QUIJADA, Mónica (1999), “La ciudadanía del ‘indio bárbaro’. Políticas oficiales y oficiosas hacia la población indígena de la pampa y la Patagonia, 1870-1920”, en *Revista de Indias*, LIX, 217, Madrid.

REX GONZÁLEZ, Alberto (1979), “Las exequias de Painé Güor. El suttee entre los araucanos de la llanura”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. XIII, NS, Buenos Aires.

TARUSELLI, Gabriel (2006), “Las expediciones a salinas: caravanas en la pampa colonial. El abastecimiento de sal a Buenos Aires (siglos XVII y XVIII)”, en *Quinto Sol*, vol. 10, Santa Rosa, Universidad Nacional de la Pampa.

VIEDMA, Francisco de (1938), “Diario de... sobre las exploraciones y descubrimientos en las zonas de

Río Negro”, 1781, en *Revista de la Biblioteca Nacional*, t. II, número 7, Buenos Aires.

VILLAR, Daniel y Juan F. JIMÉNEZ (1996), “Indios amigos. El tránsito progresivo de la auto-nomía a la dependencia étnica en un sistema de contactos múltiples. El caso de Venancio Coihuepan en sus momentos iniciales (1827, frontera Sur de Argentina)”, en Jorge Pinto R. (ed.), *Araucanía y las pampas. Dos mundos fronterizos en América*. Temuco, Universidad de la Frontera.

VILLAR, Daniel y Juan F. JIMÉNEZ (2001) “Yo mando en este campo. Conflictos intertribales en los Andes meridionales y pampas durante los años de la guerra a muerte”, en Susana Bandieri (coord.), *Cruzando la Cordillera... La frontera argentino-chilena como espacio social*. Neuquén, CEHIR / UNComahue.

ZIZUR, Pablo (1973), “Diario de...” editado por Milcíades Vignati, en *Revista del Archivo General de la Nación*, año III, número 3, Buenos Aires.